
Introducción

Los cuatro artículos de este número de la revista *Estudios Jaliscienses* son producto del trabajo colectivo realizado en el Cuerpo Académico “Historia, testimonios e identidad social” en proceso de consolidación en el Departamento de Estudios de los Movimientos Sociales de la Universidad de Guadalajara.

En ellos se abordan diferentes problemas que coinciden en la aplicación del concepto *identidad*, a partir de un criterio convencional que se ha generalizado en el campo de las ciencias sociales. La primera noción y uso del concepto surge de la fusión de la geografía y la historia, el espacio y tiempo, la naturaleza y sus recursos, los héroes, santos, escritores, patriotas y demás antepasados a los que se atribuye la identidad de los pueblos. En esta veta de símbolos y liturgias, la antropología ha podido describir también la intensidad del fenómeno religioso como una ideología poderosa y en ocasiones radical que define la dimensión trascendente y sagrada de la identidad.

De las concepciones totalizadoras y homogeneizantes –la comunión entre individuo-nación, por ejemplo–, al paso del tiempo, el concepto *identidad* fue utilizado para referirse también a lo diverso y lo heterogéneo como: la región –cultura e identidad regional–; las minorías –etnia, religión, preferencia sexual–; el género –los estudios sobre la mujer y la masculinidad–, y otras variedades de uso del concepto que se han visto reflejadas en numerosas y novedosas investigaciones cuyo propósito es definir nuevas identidades.

El texto de Mario Aldana aborda la complejidad que representa la vecindad entre dos poblaciones, cuando una de éstas –Guadalajara– no sólo se traga, literalmente, a la otra –Zapopan–, sino que además altera el uso histórico de sus recursos naturales, la organización colectiva y su identidad tradicional. El autor ubica la inevitable dependencia de Zapopan, a partir del momento en que Guadalajara se convierte en sede de los poderes civiles y religiosos de la Nueva Galicia. Durante varios siglos, los símbolos de la identidad local zapopana descansaron en su producción agrícola, y su territorio fue visto por los tapatíos como una aventura al mundo natural, la ruralidad, y sede de una virgen local, cuya fama y sus milagros iban en aumento. Esta identidad local empezó a vivir una transformación acelerada a partir de la década de 1960, cuando Guadalajara encontró en Zapopan el territorio necesario para continuar su acelerado crecimiento urbano.

Por su parte, Anabel Castellón analiza el proceso de maduración política de la sociedad de San Luis Potosí, que culminó en una abierta contienda ciudadana contra el autoritarismo y el caciquismo encarnado por Gonzalo N. Santos, un hombre del poder a la usanza de los viejos caudillos revolucionarios. El símbolo y la identidad de este movimiento cívico descansa en la raigambre de la familia Nava, de centenarias raíces en la región. El “navismo” tiene a los hermanos Manuel y Salvador Nava Martínez al frente de un movimiento regional que aspira a democratizar y modernizar la política. No es una movilización partidista, sino una expresión amplia de la sociedad, resuelta a enfrentar el centralismo y el autoritarismo político del régimen. Es una identidad colectiva vinculada por un imaginario democrático, cuyas demandas repercutieron en todo el país.

El trabajo de Leticia Ruano aborda el tema del catolicismo como forjador de la identidad conservadora, antiliberal y antirrevolucionaria del Occidente de México. La autora pone especial atención en el catolicismo social que se expresa a través de la acción militante, en tanto que resistencia o acción directa en contra de algunas políticas del gobierno, como sucedió con la educación laica, el reparto agrario y otras. En Guadalajara, la religión ha sido el fundamento de la cultura católica, entendida como una estructura de símbolos cristianos fuertemente arraigados entre sus habitantes. La autora presenta a dos familias tapatías que definieron su manera de ser y de creer desde la cosmovisión de la cultura católica, cuyos principios y normas, en su opinión, favorecen el orden y el progreso social.

Finalmente, María Carmen Ponce reflexiona sobre la construcción de identidades políticas desde la homosexualidad, advirtiendo que los prejuicios ancestrales y la complejidad del tema, han generado reacciones de incompreensión e intolerancia entre las autoridades y en buena parte de la sociedad. El proceso de construcción de identidades políticas desde la homosexualidad, pasa de la construcción personal de la imagen que el sujeto tiene de sí mismo, a la imagen colectiva y su reconocimiento como parte de un grupo que no se inserta en las imágenes tradicionales de la heterosexualidad. Al igual que las minorías étnicas, los homosexuales defienden su diferencia, y desde la política buscan construir una democracia que dé cabida a la diversidad y lo heterogéneo.